



www.loqueleo.es

© 2022, Alfredo Gómez Cerdá

© De esta edición:

2022, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-406-8

Depósito legal: M-2991-2022

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2022

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



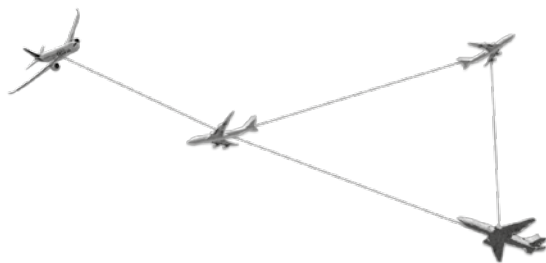
Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LOS

ALFREDO GÓMEZ CERDÁ

RECUERDOS DE LOS DEMÁS



loqueleg

Soy el cuarto hijo de Rose Rose.

Todos varones.

A veces pienso que le habría gustado tener una muchachita. Creo que en este momento es cuando más le agradaría. Mis tres hermanos ya se marcharon de casa y solo me tiene a mí de continuo. Quizá le habría gustado que yo hubiese sido esa muchachita.

¡Hombres! El destino solo ha sido capaz de rodearla de hombres y los hombres no eran lo que ella más necesitaba.

Me llamo Yoni José.

Mis tres hermanos vinieron seguidos. Casi no se había repuesto de un parto cuando se daba cuenta de que volvía a estar preñada. Se lo he oído contar muchas veces.

Una de las cosas que más le gusta a Rose Rose es contar y una de las cosas que más me gusta a mí es escuchar lo que ella cuenta.

Debió de sentir mucho agobio en aquella época. Un día me contó que mis tres hermanos se amamantaban a

la vez antes de dormirse. Le daba la teta al tercero y como le sobraba leche la repartía entre los otros dos.

Conmigo fue diferente. Tenía que trabajar mucho y se quedó seca. Tuvo que comprarme biberones. Cuando yo nací se agobió en exceso. A mí nadie me esperaba y además mi familia se acababa de marchar del país por culpa de la miseria.

8 Miami había sido el destino elegido. Miami. Estados Unidos. En Miami se suponía que teníamos familia. Un hermano de mi padre y algunos primos.

Nací durante el viaje. Tal vez en un destartalado autobús de línea. Tal vez en el vagón de un tren de mercancías. Tal vez en un pueblito mísero cuyo nombre nadie recuerda. Nací durante el largo camino. Ella casi ni se enteró de que había llegado el momento. Era el cuarto hijo y además los dolores de sus descarnados pies hicieron que apenas notase los del parto.

No me inscribieron en ningún registro. Al verme mi padre preguntó:

—Y a este ¿cómo lo llamaremos?

—Como nos dirigimos a los Estados Unidos lo llamaremos Yoni. He escuchado ese nombre en algunas películas. Los actores que hacen de Yoni siempre son guapos y fuertes. Me gusta. Y también José.

Mi padre lo grabó en una pared con la punta de su navaja. No sé si fue en la pared del autobús destartalado o en la del vagón del tren de mercancías o en la de alguna casa del pueblito mísero.

Yoni José.

España. Noroeste. Galicia.

No puedo ni imaginar que alguna vez haya pertenecido a otro lugar.

Llegué a Cariño cuando acababa de cumplir los cinco años y tengo la sensación de que en realidad nací en ese momento. Ahora tengo diecisiete. Los cinco primeros años de mi vida casi se han borrado y si recuerdo las cosas es porque mi madre me las cuenta a menudo. A ella le gusta repetirlas y a mí me gusta que las repita.

Me contó que hasta entonces me llamaba cariño. Pero al instalarnos en Cariño se le hacía raro llamarme así y comenzó a llamarme cielito.

Mis primeros recuerdos nítidos son de Cariño. Una habitación interior donde vivíamos apiñados. La casa donde mi madre comenzó a trabajar y a la que solo en alguna ocasión me llevó porque no tenía con quién dejarme. Y la escuela. La escuela donde aprendí a leer y a escribir.

Desde que comencé a ir a la escuela las cosas tuvieron otro sentido para mí. ¡Las cosas! Cuando aprendí a leer y a escribir descubrí que todas las cosas se encontraban dentro de las palabras. ¡Todas las cosas! El mundo entero. La vida. Bastaba con encontrar las palabras precisas para descubrir las cosas que estaban ahí esperando.

Fue en Cariño donde empecé a poner el nombre a todas las cosas y eso hace que me sienta de este lugar. Soy de este lugar como el resto de sus habitantes y eso nunca nadie lo podrá cambiar. Ni siquiera los que me llaman extranjero y me señalan con aire de superioridad. Ni siquiera lo podría cambiar yo mismo.

Ahora estoy en el instituto de Cariño y sigo poniendo nombre a las cosas. El instituto se llama Cabo Ortegá. No es preciso explicar este nombre. He llegado a la conclusión de que un sabio es quien es capaz de nombrar muchas cosas. Cuantas más cosas nombren más sabios son. Cuando acabe el instituto iré a la universidad para aprender a nombrar muchas más cosas.

—¡Un hijo de Rose Rose en la universidad! ¡Quién me iba a decir a mí que mi pequeño Yoni José...!

10

A mi madre se le saltan las lágrimas de emoción. Y nadie que no conozca su vida como yo la conozco puede imaginar el sufrimiento que se esconde detrás de cada lágrima.

Aprendí a leer y a escribir en primero de Primaria. Lo hice con el globo terráqueo que había en el aula. Como los demás no lo usaban me lo llevé a mi pupitre. Todos los días le daba vueltas y vueltas. Y empecé a poner nombre a las cosas.

América. Centroamérica.

Descubrí el pequeño país de donde habían salido mis padres y que se supone que es nuestro país.

Miami.

Miami era el paraíso soñado hasta que llegamos allí.

El mar. Pero cuando el mar es muy grande se llama océano.

Océano Atlántico.

Al otro lado del océano Atlántico se encontraba Europa.

España.

Estábamos en España. Noroeste. Galicia. Y yo buscaba por la quebrada línea de la costa un lugar llamado Cariño.

Cariño.

Un día la profesora me explicó que Cariño era un sitio pequeño y que por ese motivo su nombre no estaba en el globo terráqueo. Con un lápiz marcó un punto en la línea de la costa.

—Por aquí. Por donde da la vuelta la península.

11

La entendí a pesar de que una península no puede dar la vuelta.

Cuando al cabo de unos días noté que el punto comenzaba a borrarse lo volví a marcar con un bolígrafo.

Cariño se encontraba al norte de España. Enseguida comprendí que el norte de España no es el norte de todas las cosas y que siempre existe un norte del norte hasta que llegamos al Polo Norte.

Yo soy de Cariño. Da igual que haya nacido al otro lado del océano Atlántico. Ya soy de Cariño. Lo he decidido.

Cariño.

Amor. Afecto. Ternura. Querencia.

Pensaba que era un nombre muy poético. Se lo comenté años después a una profesora de Lengua y Literatura. Debió de ser en primero o segundo de ESO. Se echó a reír.

—En una ocasión busqué la etimología de la palabra cariño —me dijo—. Procede del verbo latino *carere*.

Significa carecer o estar privado de alguna cosa. Yo lo relaciono con el sentimiento de nostalgia y eso lo hace muy gallego.

—Nostalgia también es un nombre poético.

—Quizá los que hayan nacido aquí no lo sientan tan poético.

—Yo soy de aquí.

Ella me sonrió y negó con la cabeza.

12 —Pues entonces no olvides que nos encontramos cerca de la Costa de la Muerte. Y ese nombre no se lo han puesto por casualidad. ¡Qué diferente de Cariño! Pero yo tampoco soy de aquí y...

—¡Pero yo sí soy de aquí! —la interrumpí un poco molesto.

—Pues entonces tarde o temprano lo entenderás.

—¿El qué?

—Que la realidad a veces hace difíciles las ensoñaciones poéticas. —Se encogió de hombros y después frunció el ceño como si estuviera recordando algo—. La realidad es como un camello ciego que nadie puede controlar.

—No entiendo.

—He recordado un verso que leí hace tiempo. No te olvides de que soy tu profesora de Lengua y Literatura. Tienes razón. La poesía puede encontrarse en todas partes. Solo hace falta un poeta que la descubra. ¡Ah! Espero que no olvides el verso.

—No lo haré.

No entendí lo que quería decirme.

Tengo todos los papeles en regla. Tengo el documento nacional de identidad. Tengo el pasaporte. A mi madre también se le saltaron las lágrimas cuando abrió el pasaporte español y dentro vio su nombre y su fotografía. En ese momento no me sentí capaz de descubrir lo que encerraban las lágrimas que surcaban sus mejillas.

Me gustan los mapas. Puedo pasarme horas mirando los mapas. Busco hasta el último rincón para descubrir su nombre. Mi madre dice que tengo pasión por ellos. Me he aprendido el nombre de todos los países. El nombre de todas las ciudades. El nombre de todos los ríos y de todos los lagos. El nombre de todas las cordilleras y de todas las montañas. El nombre de todos los mares y de todas las islas.

Mi madre se lleva las manos a la cabeza. Se asombra.

—Tienes que acudir a un programa de televisión. Uno de esos concursos de preguntas. Estoy segura de que ganarías el premio y la plata nos vendría muy bien para cuando ingreses en la universidad.

Yo le sonrío y le explico que lo único que hago es descubrir el nombre de las cosas. Me gustan los mapas porque dibujan todos los confines del mundo. Pero el mundo está lleno de vida y yo también pretendo poner nombres a todas las cosas de la vida.

Documento nacional de identidad.

Pasaporte.

Tengo amigas y amigos en Cariño. Los siento mis amigos y me sienten su amigo. A veces algunos se hacen

novios durante una temporada y se apartan un poco. Y cuando cortan vuelven al grupo. Estar juntos es lo que más nos gusta y por ahora los noviazgos duran poco tiempo.

Yo ya he tenido tres novias. A una la dejé yo y las otras dos me dejaron a mí. Seguimos siendo tan amigos.

14 A veces discutimos y hasta nos peleamos. A veces nos pasamos la tarde sentados en cualquier lugar mirando los móviles. Oímos música. Vemos vídeos. Nos reímos. A veces nos bebemos unas litronas en el prado del tejo milenario. Lo llamamos así porque dicen que es el árbol más viejo del lugar. Por ahora ninguno ha descubierto nada mejor que estar juntos. Pero yo sé que nos queda poco tiempo. Cuando cumplamos dieciocho se producirá la dispersión. La universidad para algunos. Un trabajo para otros. El deseo de vivir nuevas experiencias.

Me gusta pasear. Me gusta pasear casi siempre solo. Camino hacia el norte y llego hasta la Capela de San Xiao do Trebo. Si continúo un poco más llego al faro del cabo Ortegal. No me gusta ir cuando hay fiestas en la pequeña ermita ni cuando el faro se llena de turistas. Los que somos de Cariño tenemos muchos días al año para hacer ese camino en solitario.

También me gusta pasear en bicicleta. Entonces hago recorridos más largos. A San Andrés de Teixido hay quince kilómetros. He ido muchas veces. La leyenda dice que si no vas de vivo tendrás que ir de muerto. Yo ya he cumplido.

Cuando observo un mapa de la zona no sé si la tierra se ha abierto paso en el mar o si ha sido al revés. Estamos rodeados por el mar. Me bajo de la bicicleta y me siento a contemplarlo. Me gusta hacerlo desde lo alto de los acantilados. Los de Vixía de Herbeira son los más elevados. Superan los seiscientos metros.

Me fascinan los acantilados. Desde allí el paisaje impresiona. El mar se vuelve más bello todavía. Sé que me encontraré a lo largo de mi vida con otros lugares muy bonitos. Estoy seguro de que será así. Probablemente me quedaré con la boca abierta y me embargará la emoción. Sin poder evitarlo recordaré entonces estos acantilados y nada será comparable a ellos. ¡Nada!

15

He encontrado un camino fuera de los caminos. Un sendero casi tragado por los matorrales. Internándome por él he conseguido llegar a lo más escarpado y angosto. Hay un momento en que tengo que dejar la bicicleta y continuar a pie. Allí me siento sobre una roca y miro hacia el mar hasta que me duelen los ojos. El fuerte viento me obliga a entornar los párpados en muchas ocasiones. Si los cierro del todo me da vértigo. Me paso las manos por la cara y trato inútilmente de ordenar mis cabellos. Me gusta sobre todo contemplar el atardecer en esos días en que el cielo no está encapotado. El disco del sol va cayendo lentamente entre las nubes y en las aguas su reflejo muestra una estela dorada y rojiza.

Pienso que esa estela cruza el océano Atlántico y pienso que yo he recorrido también esa estela. Solo una vez. Tenía cinco años y lo hice en un avión. No lo recuerdo.

Mi madre había conseguido el dinero justo para pagar su pasaje y el de sus cuatro hijos.

De este a oeste.

De América a Europa.

Levanto la cabeza y observo las cintas blancas que dejan los aviones en el cielo. Me imagino su destino. Conozco el nombre de todos los países. Conozco el nombre de todas las ciudades.

Ciudad de Miami. Estado de Florida. Estados Unidos de América.

16

Sé que alguno de esos aviones aterrizará allí o en algún otro lugar del continente americano.

Llovía mucho. Eso me contaron.

17

La lluvia de allá nada tiene que ver con la de Galicia. Cuando allá comienza a llover se detiene la vida. De nada sirven los propósitos ni las intenciones ni los planes ni las urgencias. De nada sirve tener determinación o ser atrevido. Cuando allá comienza a llover hay que buscar un cobijo y esperar pacientemente a que escampe.

La resignación de la lluvia.

Solo eso. Observar cómo se empapa la tierra y cómo se desbordan los ríos y cómo se inundan las cabañas. Observar a resguardo con los animales cerca para que no los arrastre la corriente. Y si uno tiene vena de poeta tal vez pueda apreciar belleza en los relámpagos o en la cortina de agua zarandeada por el viento impetuoso. Se acaban los agobios y las prisas. Todo el mundo sabe que ha llegado el momento de la lluvia. Ni siquiera merece la pena mirar los relojes.

Eso me contaron.

Comenzó a llover y tuvieron que posponer la partida. Nadie hizo un mal gesto ante aquel contratiempo. Mi

padre se quedó mirando la barriga de mi madre y meneó la cabeza.

—Me da miedo que te sobrevenga el parto cuando estemos de camino. Me da miedo que ocurra antes de haber llegado a Miami.

Ella se encogió de hombros. ¿Y qué más daba?

Mis tres hermanos se habían sentado juntos y miraban la riada en la que se había convertido la calle. Lanzaban palos y luego lanzaban piedras a esos palos.

18 Mi hermano mayor había cumplido once años. Diez el mediano y nueve el pequeño. Yo estaba en camino.

Mi padre se llama Justo y el nombre es lo único que recuerdo de él. Mi madre dice que ese nombre no le hacía justicia y que ella se lo hubiese cambiado por el de Vago.

Vago. Sin apellido. Vago.

Mi padre tenía cientos de oficios y de conocimientos cuando le preguntaban. Decía que sabía hacer de todo y no hacía de nada.

Pocas veces mi madre me ha hablado de él.

—Se propuso vivir sin trabajar.

—¿Eso es posible?

—A costa de alguna mujer. Yo lo mantuve muchos años. Estoy segura de que ahora otra pobre estará cargando con él.

—¿En Miami?

—En Miami o en el fin del mundo. ¡Qué nos importa eso a nosotros!

Solo tres semanas después de que comenzase la lluvia la calle volvió a ser transitable. La vieja camioneta de un tal Troncoso fue de los primeros vehículos que se atrevió a transitar por ella. La cubría una espesa capa de cieno. A veces grisáceo y a veces rojizo. No se mezclaban esos cienos y parecían la camiseta rayada de un equipo de fútbol.

Mi familia no era la única que viajaba en la vieja camioneta de Troncoso. Iba cargada como si de ganado se tratase. Nadie podía sentarse. Todos de pie. Agarrados los unos a los otros para tratar de no perder el equilibrio.

19

Siempre por carreteras estrechas y retorcidas. Había que evitar las vías más concurridas donde podía vigilar la policía. Pagar una mordida a la policía para que nos permitiese reanudar la marcha era un quebranto demasiado grande para la mayoría. Necesitábamos la plata para cuando saltásemos la frontera.

Carreteras que habían perdido el asfalto o que nunca lo habían tenido. Carreteras que atravesaban selvas infestadas de mosquitos. Mi padre y mis hermanos trataban de proteger a mi madre de las picaduras de los mosquitos. No querían que su sangre se envenenase porque el veneno podía pasar al nonato. Yo era el nonato.

Tenían que dormir a la intemperie. Los hatillos con sus escasas pertenencias se convertían en almohadas. Todos en el suelo excepto mi madre. Troncoso la dejaba dormir en la camioneta renegando.

—En estas condiciones no debías haber iniciado el viaje.

—Era el momento.

—Momentos hay muchos.

—Para mí no. Para mi familia tampoco.

Rose Rose me cuenta que se tumbaba boca arriba en la caja vacía de la camioneta. Con las manos se acariciaba la barriga. Después de la lluvia torrencial durante el día las noches se quedaban claras y podía ver las estrellas. Se lamentaba entonces de no conocer el nombre de las estrellas.

20 Yo también he aprendido el nombre de las estrellas y de las constelaciones. A mi madre le gusta que se lo explique. El sistema solar. Los planetas. La Tierra.

—La Luna es el satélite de la Tierra.

—¡Hay tantas estrellas!

Podría pasarme la vida entera aprendiendo nombres de estrellas y no acabaría.

Sirio. Deneb. Altair. Achernar. Canopus.

—Allá el cielo es diferente. Está tan limpio que las estrellas parece que forman una masa. No me cansaba de mirarlas cuando intentaba dormir en la camioneta de Troncoso. Algunas veces alzaba la mano convencida de que podría tocarlas.

La constelación de Perseo. La constelación de Tauro. La constelación de Orión.

—Ahora me doy cuenta de que tú también veías todas las estrellas —me dice—. Las veías a través de mis ojos.

Estoy seguro de que era así.

He leído sobre ello. Vi también un documental en la televisión. El nonato oye desde el útero la voz de la madre y los ruidos ambientales. Percibe los movimientos y hasta

se da cuenta de una situación de estrés o de angustia o de alegría o de pena. Es posible que el nonato también pueda reconocer olores. Entonces ¿por qué no imaginar que su mirada pueda taladrar las entrañas de su madre y recorrer el firmamento en las noches estrelladas?

Todo eso me ocurría a mí. De ahí procede mi interés por el firmamento y las estrellas. Ellas pueden darnos nuestra posición en el mundo y mostrarnos el camino que debemos seguir.

21

Antiguamente los pilotos de los aviones se orientaban durante la noche por las estrellas. Si estaba cubierto tenían que ascender hasta superar las nubes. De lo contrario podían perderse.

El piloto que nos trajo desde América no se orientó por las estrellas. No le hizo falta. Seguramente la mayor parte del tiempo nos trajo el piloto automático del Airbus A-340-600. Cuatro motores. Trescientas cuarenta y dos butacas.

También me gustan los aviones. Conozco todas las marcas y todos los modelos. Conozco las características de cada uno. Conozco las flotas de cada compañía. También conozco el nombre de los aeropuertos. En la Biblioteca Municipal hay una historia de la aviación en doce volúmenes. Los he leído todos. Cuando estaba en primero de ESO tuvimos que hacer un trabajo de tema libre. Yo elegí los aviones. La profesora me puso un ocho. No sé cómo pudo evaluarme. Estoy seguro de que yo sabía mucho más de aviones que ella.

Solo he volado una vez. Desde el pequeño país donde nacieron mi madre y mis hermanos hasta España. Desde el Aeropuerto Internacional La Aurora hasta el Aeropuerto de Barajas. Ahora se llama Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid Barajas. Tenía cinco años y no lo recuerdo.

22 Sé que pronto volveré a volar. No sé a dónde. Posiblemente a alguna ciudad europea. Conozco el nombre de todas las ciudades europeas. Me paso horas y horas delante del mapa del continente. Creo que el momento llegará cuando esté en la universidad. Estudiaré algún curso en otro país. Beca Erasmus. Aún no he pensado en qué país me gustaría estudiar.

Cuando me vaya mi madre se quedará sola con su marido español.

Me preocupa que Rose Rose se quede sola.

No me preocupa su marido español. Él es buena persona y le quiero como si fuera mi padre.

Me preocupan las cintas blancas que dejan los aviones en el cielo para mostrarnos que allí también hay carreteras. Muchas de esas carreteras llegan hasta el otro lado del océano Atlántico.

Me preocupa mucho no estar aquí si le ocurriese algo.

Me preocupa que el destino se empeñe en hacerle de nuevo a Rose Rose un quiebro inesperado.

Tendré que seguir esforzándome para ser el mejor.

O de los mejores.

Solo siendo de los mejores podré plantar cara al destino y decirle que ahora soy yo quien decide.

Rose Rose ha enderezado al fin su vida y no quiere más sobresaltos.

Soy fuerte y no permitiré que el destino vuelva a arrojar sus malditos dados sobre el tapete de nuestra vida.

Sabré reaccionar si llega el caso.

Ya se lo he demostrado a otros y también me lo he demostrado a mí mismo.

Yo reacciono cuando los demás se hunden o se apoltronan en el primer colchón que encuentran. Yo peleo cuando los demás arrojan la toalla al centro del cuadrilátero. Yo me rebelo porque de lo contrario perdería hasta mi propia dignidad.

Me rebelo sobre todo contra los que aceptan la derrota de antemano. No los imitaré nunca.

A los que hemos llegado hasta aquí desde el otro lado del océano Atlántico la vida ya nos ha puesto a prueba. Es así. No importa que algunos no recordemos nada del otro lado y tengamos que urdir nuestra memoria con los relatos de los demás.